

Amparo Dávila: Maestra del cuento (O un boleto a sus mundos memorables)

Entrevista con Patricia Rosas Lopátegui

Con motivo del 80 aniversario de su nacimiento, Amparo Dávila recibió un homenaje en el Palacio de Bellas Artes, a través de la Coordinación Nacional de Literatura del INBA a cargo de Enzia Verduchi, y también en el marco de la XXIX Feria del Libro del Palacio de Minería, el pasado mes de febrero de 2008.

Sus libros *Tiempo destrozado* (1959), *Música concreta* (1964), *Árboles petrificados* (Premio Xavier Villaurrutia 1977), y *Con los ojos abiertos* (textos inéditos) serán reeditados en breve por el FCE. La autora zacatecana es una de nuestras grandes escritoras y le rendimos un merecido homenaje al dar a conocer este diálogo con la maestra del cuento: Amparo Dávila.

Amparo Dávila nació el 21 de febrero de 1928 en Pinos, Zacatecas, y pasó su primera infancia en ese pueblito minero. A los siete años se traslada a San Luis Potosí para estudiar primaria y secundaria. En 1954 contaba con 26 años de edad cuando se instala en la Ciudad de México “para buscar el camino hacia las letras”: había decidido asumir su vocación de escritora.

PRL: ¿Cómo era el ambiente para las mujeres dentro de la cultura mexicana en los años 50, 60, cuando usted asume la escritura como una vocación?

AD: Todavía era cerrado, no había grandes oportunidades. Para que una mujer llegara a destacar se necesitaba bastante esfuerzo, ir poco a poco, paso a pasito, publicando, dándose a conocer, que la crítica la tratara bien.

PRL: ¿Cómo la trató la crítica cuando aparecieron sus primeros libros de poemas en San Luis Potosí, *Salmos bajo la*

luna (Poemas paralelísticos) en 1950, *Meditaciones a la orilla del sueño* y *Perfil de soledades* en 1954?

AD: Yo empecé escribiendo salmos cuando estaba en la secundaria, pequeños poemas paralelísticos. Entonces era muy extraño en San Luis Potosí que una jovencita (estaba acabando de salir de la secundaria), escribiera salmos. Mis primeros salmos aparecieron en la revista *Estilo* que fundó Joaquín Antonio Peñalosa. Y hubo críticas, muy buenas todas. Y me alentó para que hiciera una selección de los salmos y publicara un librito, que fue el primer libro de poesía que publiqué, *Salmos bajo la luna* en 1950, en San Luis Potosí, el cual tuvo también una gran acogida. Por esos años fue el centenario de Manuel Acuña, en Saltillo, y fui a este evento, y entre los invitados, estaba don Gabriel Méndez Plancarte, quien era el salmista más importante que ha dado México. Don Gabriel quedó bastante impresionado que una jovencita escribiera salmos, de una métrica tan diferente, tan poco usada y conocida. Don Gabriel me abrió mucho el camino, las puertas, también Agustín Yáñez. Por eso le digo que nunca sentí, hacia mí, que por ser mujer, se me rechazara o se me obstaculizara. En ese terreno he sido muy afortunada, porque yo sé de otras personas, en esos mismos años, que sí tenían problemas. Tal vez porque nunca intenté tener un trabajo, un puesto público, a lo mejor por eso no fui obstaculizada. Pero en mi casa sí, porque yo quería seguir estudiando, y en esos años, la mujer no tenía oportunidad ni para estudiar, ni era alentada para que estudiara. Mi primer libro de cuentos, *Tiempo destrozado*, se lo dedico a mi padre, porque cuando le dije que me venía a México para buscar por mí misma el camino hacia las

letras, no me apoyó. Mis padres se habían separado, y mi madre dijo que ella se venía conmigo. Cuando le dije a mi papá que quería venirme a México porque quería dedicarme a escribir, me dijo: “Eso es una insensatez, porque para escribir se necesita talento”. Le contesté: “¿Cómo sabes si lo tengo. Ni tú ni yo lo sabemos, porque todavía no empiezo a escribir”. “Originalidad”, me dijo. “Tampoco, porque se necesita primero escribir para saber si hay originalidad o no”, le respondí. “Hay gentes importantísimas, tú eres una mocosa, insignificante”. En esos años era Pita Amor, era la gran vedette, tanto de las letras como de la vida social y demás. “Bueno, yo voy a probar mi suerte y ya veremos qué es lo que hago”. Él estuvo muy en desacuerdo, desconfiado, haciéndome sentir que iba a fracasar rotundamente, sin darme ningún apoyo, nada, nada. Entonces, cuando el FCE me publica el primer libro, *Tiempo destrozado* en 1959, se lo dedico: “A mi padre”.

PRL: ¿Sus cuentos son autobiográficos?

AD: No. Yo pienso que la vivencia es importantísima, que en un momento dado, como soy una gente muy sensorial, algo me produce una sensación, ya sea visual, olfativa, un sabor, un aroma, y me lleva a una vivencia muy lejana y eso hace que surja un cuento. Esa vivencia es el primer chispazo, lo que hace que surja un cuento. Pero me voy desligando a medida que empiezo a escribir, la vivencia se va quedando atrás y el cuento y los personajes van siguiendo su propio camino, separado ya de la vivencia. La vivencia fue el inicio, el catalizador.

PRL: “Música concreta” es un relato fascinante, donde Marcela, la protagonista, descubre que su esposo le es infiel y para ella, la amante, la persigue transformada en un sapo... ¿Por qué siempre hay elementos que atormentan a las mujeres? Un ruido, un animal, algo que no las deja vivir, algo que desequilibra, principalmente a los personajes femeninos.

AD: Porque para mí entre la cordura y la locura existe un hilo tan fino, tan sutil, que en un momento dado se rompe, y una persona cuerda pasa a la insania total, así, como algo que se cortó. Tengo mucha preocupación por ese paso tan fácil que se puede dar entre la cordura y la locura. La gente que es muy controlada, muy minuciosa, es la que tiene mayor tendencia al desequilibrio; la que es equilibrada tiene mayor tendencia al desequilibrio, es esa línea tan fina que se rompe en un momento. Sobre todo cuando una gente

empieza a obsesionarse por algo, la obsesión también la lleva al desencadenamiento. Tengo muchos personajes así, no sé si se acuerda de “Tina Reyes”, donde ese pobre hombre lo que quería era acercarse a ella, conocerla, tratarla, tal vez llegar a ser su novio, y ella piensa que es un violador, que le va a hacer daño, y entonces se obsesiona a tal punto que se trastorna, pasa a la otra realidad.

PRL: Otro cuento con esta temática es “Un boleto para cualquier parte”.

AD: Sí, la sirvienta que le avisa al protagonista que un desconocido lo ha ido a buscar varias veces. El hombre se pone a imaginar qué noticia le van a dar, qué si su madre se escapó porque estaba en un sanatorio psiquiátrico, si anda sola por la noche perdida, que si hubo un desfalco en el banco, pero él no ha cometido ninguna falta... Bueno, es la imaginación a tal punto desbordada, que entonces se va hacia ninguna parte, compra un boleto hacia ninguna parte...

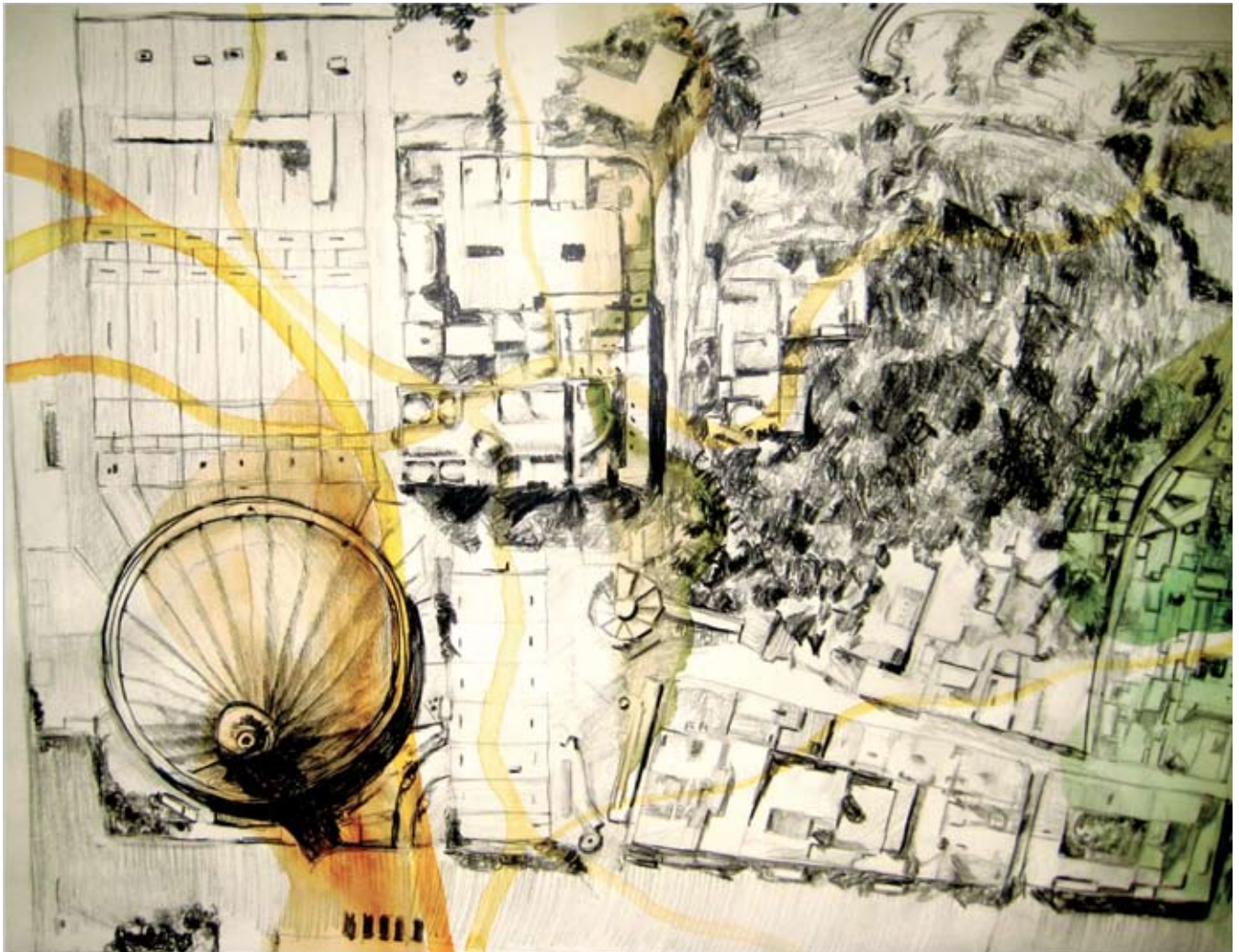
PRL: ¿Cómo fue que el FCE le publicó su primer libro de cuentos, *Tiempo destrozado*?

AD: En el 58 me casé con el pintor Pedro Coronel y recuerdo que a principios del 59 estaba yo sacando en limpio mis cuentos, sin pensar en publicarlos, para nada. Un día me habló Arnaldo Orfila, quien era el director del FCE, y me dijo: “Sé que tiene muy buenos cuentos”. “Apenas los estoy corrigiendo”. “Bueno, cuando los termine de corregir, me los trae. Aquí tiene abierta esta casa para usted”. Y le pregunté: “¿Cómo supo de los cuentos?”. “Agustín Yáñez me platicó que eran muy buenos sus cuentos”. Entonces fue Orfila quien me habló, me invitó, por eso le digo que he tenido mucha suerte, porque cuesta mucho publicar.

PRL: ¿Por qué los gatos aparecen en sus cuentos y en su vida?

AD: Porque el gato es un animal fascinante. Fíjese usted que Juan José Arreola, que fuimos muy amigos, coincidimos en varios edificios de departamentos, yo vivía en el de abajo y ellos en el de arriba, o al contrario, entonces nos veíamos todos los días, o a veces todo el día. Llegaba y estaba yo escribiendo, y un gato ahí, siempre, y Arreola decía: “No, Amparo no escribe, son los gatos los que escriben los cuentos”.

PRL: ¿Cómo se siente ahora que el FCE va a reeditar sus tres colecciones de cuentos y su obra inédita?



Punto de reunión, grafito y acuarela sobre papel de algodón, 90 x 80 cm, 2007

AD: Pues muy feliz.

PRL: ¿En qué consiste esta obra inédita?

AD: El libro se llama *Con los ojos abiertos*, que es el título de uno de los cuentos de la colección. Este volumen contiene 4 cuentos y una crónica. Lo escribí para Luis Mario Schneider (que en paz descanse) para los *Cuadernos de Malinalco* que el editaba, eran plaquetas breves, por eso este volumen mío consta solamente de 5 textos en total.

PRL: Pues a mí me pasó algo insólito respecto a “Con los ojos abiertos”. Otra de las características de sus cuentos es ese final inesperado. Le voy a decir que estaba leyendo el cuento, y yo ya veía que me faltaban cuatro líneas, tres líneas, y decía: “¿Cómo lo va a resolver?”, ¿Qué es lo que va a hacer?”, “No puede ser, tres líneas, dos líneas, ya se acaba...”, ahhh, la magia de Amparo Dávila. El final sorpresivo.

AD: Bueno, el cuento se queda abierto para que el lector le dé el final que él quiera, según la imaginación de cada lector.

PRL: ¿Qué es para usted construir un cuento?

AD: Yo pienso en el cuento, un poco a la manera aristotélica, como si fuera una figura geométrica, un triángulo. Un triángulo que tiene una línea base, que es el planteamiento, pero en esta concepción, el triángulo no es equilátero, de tres lados iguales, sino que puede ser un triángulo isósceles, o cualquier triángulo, que a veces puede tener un largo planteamiento, luego la línea que sube, que es el conflicto, el nudo, y luego el desenlace, y a veces el desenlace, como usted dice, lo doy en unas cuantas palabras. Es un triángulo rarísimo.

PRL: Usted crea sus propios triángulos.

AD: Pero es indudablemente un triángulo, con un planteamiento, un nudo y un desenlace, esa es mi técnica del cuento.

PRL: Cuando leí “El desayuno”, tuve la impresión de que era sobre el movimiento estudiantil de 1968, porque tiene esa atmósfera...

AD: Hay varias cosas porque ahí el hijo y el padre están hablando sobre eso, el chico habla de los estudiantes, es lo del 68, indudablemente, pero curiosamente lo escribí antes.

PRL: De eso me di cuenta, y no lo podía creer, porque este cuento se publicó en 1964, y me dije, pues doña Amparo es una pitonisa.

AD: Pues yo no sé qué pasará pero a veces intuyo cosas que después pasan, y digo, ayy, las escribí antes.

PRL: Yo le iba a preguntar esto porque luego a veces sucede que se hace una reedición y se agregan otros cuentos, pero ¿“El desayuno” apareció en la primera edición de *Música concreta*, en 1964?

AD: Así es, aparece en la del 64, la primera edición del FCE. Así fue. Ahí pueden ser varias cosas, o bien producto de la marihuana o de algún enervante, que ella comete un asesinato, pero dentro de aquel mundo irreal de la intoxicación, de estupefacientes...

PRL: Que eran muy de la época...

AD: Exactamente. Los hongos alucinantes... pues realmente no se da cuenta de qué fue lo que sucedió, ella lo narra como si fuera real: Luciano estaba haciendo esto, aquello, todo lo relata como si fuera natural, sencillo, cuando se trata de un asesinato, pero ahí están los hongos alucinantes, o la marihuana, el haschí... y los padres no saben qué pensar y creen que es un trastorno mental...

PRL: Y uno espera que llegue el médico y quien llega es la policía: “Al abrir la puerta, entró bruscamente la policía”, otra vez ese final inesperado, sorpresivo, que nos deja paralizados.

PRL: Hablemos de “El huésped”. Un cuento fascinante por esa atmósfera tan oscura, tan dolorosa, ¿cómo se le ocurrió? Es el cuento que más aparece en las antologías. ¿Por qué cree usted que fascina tanto ese cuento?

AD: Pues no sé por qué fascinará porque es un cuento más. Tal vez la atmósfera que doy es la de mis primeros años

en ese pueblo, Pinos, donde había un patio con flores y luego detrás un huerto. Es la casa donde nací. Recuerdo a la sirvienta que había, que tenía un hijo, mi padre que salía de cacería, la relación difícil entre mis padres, todo eso es el punto de partida de “El huésped”.

PRL: Entonces aquí es el desamor en la pareja, que es algo muy desolador, lo que impacta, lo que llega al alma, esa falta de comunicación.

AD: Y que sucede en muchas parejas, que se termina el amor, el sentimiento, y queda un enorme vacío entre ellos, una incomunicación tremenda, un desamor.

PRL: A mí me llama mucho la atención en este cuento el valor de las mujeres. Esas mujeres que dicen: “No, no vamos a aguantar más”...

AD: A seguir sufriendo más. Fíjese que las mujeres sencillas, están llenas de valor, de coraje para luchar. En cambio hay mujeres cultas, que les pueden hacer los horrores que sean, y no protestan, no se defienden, y esas mujeres, con un gran coraje, con un gran valor, no todas, pero hay mujeres valientes, afortunadamente. Sobre todo la mujer mexicana está todavía muy sojuzgada, muy oprimida. Más en los pueblos, por falta de apoyos.

PRL: Otro de sus cuentos que me impacta mucho es “El último verano”, me parece muy importante en las letras en lengua española, y dentro de la narrativa mexicana, porque es un relato muy valiente, ahí trata el tema tabú del aborto, un tema controversial dentro de nuestra formación cristiano católica... pocas escritoras lo abordan con el valor con que usted lo hace y la felicito por eso.

AD: Muchas gracias. Que bueno, porque nunca sabe uno si algo que está escribiendo se va a lograr o no se va a lograr porque Julio Cortázar decía: “Hay cuentos que nacen muertos, no trascienden, no dicen nada”.•

PATRICIA ROSAS LOPÁTEGUI es profesora de literatura hispanoamericana en la Universidad de Nuevo México, EUA. Correo electrónico. patricia@lopategui.com